

Ver-
35136
46808

mAm 11702 (Wcy)

35084

6805

243P

35084

45

11702

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

45

Remigio Tamariz Crespo

LUCIA

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

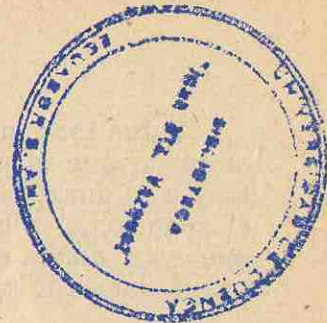
1966



E861.4

35084

45



PRELUDIO

El amor es así: apenas como la leve arquitectura del aroma...

El amor es tan simple como un mensaje de brisa, como un mensaje llegado claramente con la brisa, como un mensaje que la brisa trae en sus manos intangibles, lleno de pura azulidad...

El amor es tan diáfano como el caer de gotas diáfanas de agua, como el ir cayendo gotas de agua en una minúscula sonata solamente en diafanidades...

El amor es tan claro como la primera palabra que dice la mañana, cuando es aún la muchacha descalza que se viene por los horizontes pastoreando rebaños de nubes y claras esperanzas...

Nó, no intentéis hundir en el alma extrañas honduras de amor... Nó, no intentéis hundir el hondo amor en el alma con hondura de abismo... Se ahondará la pasión, sí, habrá de ahondarse con honduras hasta magníficas, alucinantes y de rara belleza, pero la simple belleza del amor habrá pasado ya como el aroma que no es aroma, como la diafanidad que no es diafanidad, como la claridad que no es claridad...

Sobre todo, no intentéis saber lo trascendente del amor, lo que el amor se calla porque debe callarse, lo que el amor silencia porque guardado debe ser en el silencio, el misterio del amor humano individual que está atado al amor cósmico, sí, pero también puede dar en la obscura obscuridad de lo cósmico...

No hagáis que la muchacha descalza en la mañana sea sujeta al pensamiento, pues el pensamiento, con la verdad mideriana, no es sino "el dolor de pensar"... No interroguéis en la dulce sonrisa los arcanos del mundo... No preguntéis a las enamoradas pupilas el sentido de inverosímiles horóscopos... Aceptad a la muchacha como es y como será si se quiere que el amor sea simplemente el amor: pura, transparente, con alma translúcida capaz de transparentar todos los cielos en serenidad, de corazón fragante a simples fragancias, de vida apacible como el agua que buenamente se va yendo por su camino bajo el canto del viento...

Ah, pero estas cosas pueden ser dichas o sentidas o queridas por el Poeta?... Puede el Poeta decir o querer estas cosas si su misión precisamente es encontrar en las miradas húmedas de amor la distante distancia de las estrellas?... No sabe acaso el Poeta, con intuición que es verdadera sabiduría, que al estrechar unas pequeñas manos está simplemente ensayando el estrechar las manos de la Creación entera?...

La tragedia del Poeta hermano, de este Remigio Tamariz Crespo creador de LUCIA, es ésta: haberse alejado del amor tras el conocimiento, en esa fáustica aventura tan propia al Poeta, que es como dejar

de beber el agua clara en un rosado cuenco para hundirse íntegra e íntimamente en la tempestad... Su Poema, su Poema triste, como todo verdadero Poema, tiene por esencia esto: haber dejado de besar unos labios como rosas pequeñas para amargar los labios en el rictus de las preguntas sin contestación posible...

El amor que quiere conocer puede quizá conocer, pero ya no será el simple y claro amor... El amor que ahonda lo dulcemente inexplicable del amor puede explicar algún profundo signo del amor, mas ya no será el transparente y puro amor... El amor que filosofa sobre el amor puede hacer un tratado perfecto del amor, pero habrá entregado a la abstracción lo claro del amor...

El suave paisaje de la tierra cuencana es hermano del alma de Lucía...

El atormentado paisaje de la selva es hermano del alma del Poeta creador de Lucía...

Los años dictaron ya el silencio para la bellísima voz actual de Remigio Tamariz Crespo... Que haya encontrado a su Lucía en un cielo parecido a la tierra nuestra... Con nosotros ha quedado la Lucía del encanto y del dolor, la Lucía Poética, la única Lucía que por algo rima musicalmente con la palabra Poésía...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

REMIGIO TAMARIZ CRESPO

LUCIA

CANTO PRIMERO

RECUERDO

La última golondrina
que en ignotas riberas peregrina,
retorna al valle de su bien testigo,
y todo encuentra en soledad y duelo:
yermos los campos, nebuloso el cielo
y en ruina el muro que prestóle abrigo.

Y ve, en su torno, a las demás, hurañas,
aves dichosas, a su pena extrañas,
no oyen el trino que piedad implora,
y ante ella vuelan en canoro bando,
y la hallan, siempre, su orfandad llorando,
la tarde triste y la risueña aurora:—

¡Así el Recuerdo de mi amor primero:
desde el erial donde olvidado muero,
tiende las alas a mi edén perdido,
y halla el hogar desierto y enlutado,
mustio el jardín, el valle desolado
y haces de abrojos... donde fue su nido...

En torno de El, recuerdos venturosos
pasan captando, en giros armoniosos,
y él, sin consuelos, glorias ni futuro,
a su medrosa soledad les llama,



y vanamente compasión reclama
desde el abismo del pasado obscuro.

Y a nadie apena su destino triste;
¡cuán impasible todo lo que existe:
el cielo en que se pierden sus clamores;
la tierra que de lágrimas anega;
la noche o el albor que en vano llega
a envolverle en tinieblas o fulgores!

¡Y, de mi culpa vengador eterno,
me arrastra al carmen que asoló el invierno,
y me entrega al dolor del bien perdido;
de la herida conciencia a la venganza;
al martirio de amar sin esperanza,
y luchar con la muerte y el olvido!

Ah! si dejar pudiese en mi Poema
la flor de mi alma, mi pasión suprema,
a que en el ritmo del dolor perdure
siquiera un lampo de mi ensueño de oro,
y acaso viva la ilusión que lloro
más que en el tiempo mi tormento dure!...

—¡Aves cuitadas, fuentes escondidas,
que pobláis de cadencias doloridas
la paz del huerto, la heredad desierta;
río que gimes en su margen sola,
dad vuestra voz a esta alma que se inmola
en el calvario de la dicha muerta!...

Así podría, oh! flor de mi alborada,
fugaz cuanto adorada,
consagrar a tu amor mi último canto
y hallar la gloria que en mi duelo ansio:
¡irme a tu lado, compartir tu frío,
y, evocando tu adiós, "morir de llanto"!...

CANTO SEGUNDO

LA HEREDAD

En la meseta que domina el valle,
de un saucedal al fin de umbrosa calle,
se levanta el hogar de limo y piedra,
en cuyos grises, imponentes muros
"entrelazan sus vástagos oscuros"
la pasionaria y la amorosa yedra.

Mansión primaveral, llena de encanto,
donde es mansa la pena, el amor santo,
huésped eterno Dios, las dichas ciertas
y en cuyas tibias, plácidas estancias
percibe el alma no sé qué fragancias,
quizás efluvios de venturas muertas...

Bajo la sombra de árboles añosos
se esquivo de los rayos ardorosos
de los estivos meses,
y desde los antiguos ventanales
se contemplan los huertos de frutales,
la sierra, el río y ondeantes mieses.

El patio, allá, limitan
las mansiones vetustas donde habitan
del amo patriarcal los servidores,
y acá el Melado do, rendida al yugo,

la yunta exprime de la caña el jugo
entre fúlgidos bronceos chirriadores.

Cerca, luce el Jardín su gala eterna;
allí la nieve del jazmín alterna
con la viviente grana de las rosas,
y de la luz cautivan los encantos
amancayes, claveles y amarantos,
lirios de argento y castas tuberosas.

En plena soledad, medra lozano
el rosal de oro que plantó su mano,
y al ver sus flores deshojarse solas
al soplo de las auras campesinas,
¡siento en el alma todas las espinas
que defienden en vano a las corolas!

—¡Huérfanas flores, mi ilusión ausente
perdura en vuestro aroma confidente!
Ornásteis su hermosura sin mancilla,
¡y os eclipsaron las mejillas de Ella,
que acaso mora en la primer estrella,
porque, desde su adiós, más pura brilla!...

Cruzan el huerto plácidos senderos
que bordean duraznos y limeros,
chirimoyas, perales y granados
y —mágico tesoro
del valle tropical— naranjos de oro
de nupciales guirnalda coronados.

Los cañaros con flores como llamas,
los aguacates de opulentas ramas,
las magnolias de frondas esparcidas,
cuyas flores de espléndida blancura
semejan del follaje en la espesura
palomas adormidas.

En la cumbre de próxima colina
refulge el lago de agua diamantina
que, cuando llega el abrasante otoño,
derrama su caudal en las praderas
y brinda a las marchitas sementeras
esmeralda y frescura de retoño.

—Oh! lago de ilusión, cuyas riberas
decoran madre selvas y moreras:
márgenes donde siento la agonía
de amar mi ausente bien, y vago a solas,
ansioso ver su imagen en las olas,
como en el alba de la gloria mía!

Partiendo el valle, senda diltada,
por sauces y eucaliptos sombreada,
conduce en sesgo curso al hondo río
que rompe en rudos cánticos triunfales,
reverberando en lípidos cristales
las pompas de los cielos del estío.

En las faldas de cúspides azules
tienden los riegos argentados tules,
anúblase lo alegre del paisaje
y errabundas vacadas,
en la paz de las tardes y alboradas,
rugen de celo y de furor salvaje.

Abajo, de la pampa la hermosura,
donde, esmaltando de oro la verdura,
se yergue airosa la amarilla caña,
preciado don de la fecunda tierra
que en áureas copas, generosa, encierra
toda la miel de su materna entraña.

El arverjal de flores salpicado;
el tupido maizal empenachado;
el undoso alfalfar, y los trigales

cuyas blondas espigas,
del bien del hombre y del Señor amigas,
condensan los fulgores estivales.

Y, bajo el alisar de opacas frondas,
el Paute azul, de turbulentas ondas,
que azota de la margen los taludes
y avanza por el valle dilatado,
de espumas coronado,
entre coros de armónicos laúdes.

Capulies de verdes y áureas hojas
lucen doquier racimos de uvas rojas,
dulce codicia de aves y pastores,
y, en eriales, vallados y colinas,
las ágaves de entrañas nectarinas
al viento baten su pendón de flores.

Desde lo alto de setos y barrancas,
el agreste moral de flores blancas
la tierra con sus pétalos alfombra,
y, en pomposas ringleras, los olivos,
desbordando los vástagos altivos,
convidan a soñar bajo su sombra.

Los molles que ornán la arenada senda
dan al suelo en ofrenda
frutos que fingen sanguinoso rastro,
y, en peñascales y ríscos faldas,
ostenta la aguacolla sus guirnaldas
de estrellas de alabastro.

—Oh! valle de mis sueños de ventura,
en tu seno se aduerme la Hermosura
y te viste de flores Primavera;
te canta el ave en su argentino idioma
y, en vario acento, el agua que se aroma
en el hierbabuenal de la pradera!

Los chirotes, alondras serraniegas
que pueblan de himnos las azuayas vegas,
de las mieses en flor y del barbecho,
en parábola airosa se levantan
y en el espacio azul, alegres cantan,
luciendo al sol la púrpura del pecho.

Junto al nido que esconde en la espesura,
plañe, en golpes de arrullo, su amargura
la tórtola infeliz, cuya existencia
acechan por doquier los cazadores,
y por ello, aun si canta sus amores,
preludia su orfanidad o eterna ausencia.

Oculto en las retamas del otero,
su honda veloz restalla el pajarero,
y, como chispas de dorada pira,
surge de los trígales la miriada
de jilgueros, y vuela a la enramada
que se transforma, por encanto, en lira.

Quizá del paraíso peregrinas,
las inquietas, alegres golondrinas
de negras alas y argentado pecho,
revuelan sobre el campo, entre el celaje,
trinan en el bosque
y son cual flores de la cruz del techo.

Donde ostentan las flores sus carmines,
el picaflores, Don Juan de los jardines,
luce el peto de azul, oro y topacio,
y, por la sed de amor enloquecido,
liba, temblando, el néctar escondido,
y, cual flecha de luz, cruza el espacio.

Discurre el mirlo, a saltos, por el llano,
y huye, chillando, al matorral cercano;
da IN CRESCENDO su queja el triguerrillo,

y, en la playa en que la onda se golpea,
el ceniciento cuerpo balancea,
en sus frágiles zancas, el patillo.

Pirata de los aires y el bosque,
del umbroso gomero en el follaje,
se oculta el gavilán para el acecho,
y, en el alto nogal de frutos rico,
el calvo cuervo, con el corvo pico
lustra las plumas del cetrino pecho.

Y doquier el paisaje y la hermosura
del monte, del alcor y la llanura,
en áurea luz bañados,
bellos y alegres cuando el día empieza,
y heridos de nostalgia y de tristeza
cuando llora la tarde en los collados.

—¡Tierra de amor y paz, fúlgidos cielos,
cómo evocáis mis dichas y mis duelos!
¡Insulta a mi dolor vuestra alegría,
a vuestra luz, reanimase mi pena
y de visiones de terror se llena
la soledad de la existencia mía!...

CANTO TERCERO

LUCIA

No cual la rosa altiva y hechicera,
que en el jardín impera
y en búcaros dorados resplandece;
fue cual azul, humilde sensitiva,
que cierra el cáliz a la luz estiva
y en la paz del olvido languidece.

Lejos del vano, mundanal ruido,
tuvo en la agraria soledad su nido.
Le dió el alba el carmín de sus fulgores;
el campo, su frescura y sus aromas,
y fueron sus hermanas las palomas
y amó con la inocencia de las flores.

Los negros rizos, en cascada undosa,
enmarcaban la faz de nieve y rosa;
su dulce faz, donde eran los sonrojos
celeste irradiación de la belleza,
a la que daba una ideal tristeza
la noche luminosa de sus ojos.

Suscitaba nostalgias celestiales
la eúritmia de sus formas virginales.
Timida ¡hasta la luz! besó su frente,

y habia de su voz en el encanto
algo de trino, de oración y canto
que adormía las almas blandamente.

De la ciencia de amor, sólo sabia
que halla la dicha quien en Dios confía;
que el amor a la Virgen consagrado
encuentra perennal noche de bodas,
y, por ello, en su altar murieron todas
las flores de oro del rosal amado.

En el altar sencillo,
al que el sol de la fe dábale brillo,
estaba la Madona Dolorosa
con el rostro de lágrimas bañado
y el corazón, de hierros traspasado...
¡Siempre que ELLA la vió, la vió llorosa!

En la vida feliz de la alquería,
era como su sombra la alegría.
Vistió de blanco, para ser más bella,
porque un día le dije: —La blancura
idealiza, a mis ojos, la hermosura
de la flor, de la virgen y la estrella.

Tenia un rubio, ternezuelo hermano,
que era de sus ternuras soberano,
y siempre que él fingíale desvios,
le besaba, mirándome a los ojos,
por causarme tal vez celos y enojos,
prodigándole besos... que eran míos.

Juzgando ofrenda que ELLA codiciaba,
implumes pajarillos le ofrendaba
de los rapaces la caterva impía.
Cuidaba ELLA las aves con anhelo
y, cuando ya les era dable el vuelo,
la puerta de la jaula les abría.

Confidente de timidas zagalas,
las ornaba en las fiestas con sus galas
y con rosas y lirios de su huerto.
Era el Angel de Asis de los aldeanos,
que hallaban caridades en sus manos
y a la piedad su corazón abierto.

Placiale la siega de trigales;
la cosecha de ubérrimos maizales;
de las eras la alegre algarabía;
la ruidosa molienda, y la besana,
y, ante ELLA, siempre, la falange indiana
duplicaba el esfuerzo y la osadía.

Era un encanto en el trajín casero,
en la margen del lago del otero
y en la ansiada vendimia de frutales,
cuando ELLA, entre los frutos hacinados,
tenía, ante mis ojos extasiados,
de Ceres los hechizos inmortales.

Ignorante del mundo y sus venturas,
sólo el cáliz del bien le dió dulzuras,
y guardó, cual del Cielo recibiera,
la limpidez de la inocencia en calma,
las azucenas del jardín del alma...
¡Y yo la vi llorar... por vez primera!...

¿Cómo pude encontrarla en mi camino,
y unir mi infausta suerte a su destino?...
¡Del ritmo y la pasión la áurea saeta
hirió el estambre de la casta rosa:
por ley bendita, guarda toda hermosa
su más dulce ilusión para un poeta!

La conoci una tarde en LA FLORIDA,
aldehuela entre riscos escondida.
Fue, para mí, la codiciada estrella;

el bien siempre distante y suspirado;
mi única realidad de lo soñado,
y el corazón me dijo: ¡¡Amala!... Es ELLA!

Sin las artes de amor, sencilla y buena,
se rindió del ensueño a la cadena.
De mi pasión al férvido reclamo,
en ritmo virginal, cual un murmullo
que fuese a un tiempo súplica y arrullo,
toda rubor la faz, díjome: —¡Te amo!

¡Y aquel himno de gloria y de ternura
pude oír, sin morir de ventura!
¡Morir entonces! ¡cuán gloriosa palma
hubiese sido para esta alma herida:
hoy no estuviera en soledad mi vida,
ni ELLA, tan lejos, ni en martirio mi alma!...

CANTO CUARTO

PRIMAVERA

Era el plácido mes: el dulce Mayo;
de su fecundo sol el vivo rayo
irisaba las flores;
tules de oro prendía en las colinas,
y avivaba en las almas las divinas
nostalgias del Amor de los Amores.

La vida en la alquería
en místicos anhelos florecía
y, en la oración volaba a lo infinito.
Eran los valles lagos de verdura,
y estaba ELLA radiante de hermosura,
y en primavera, nuestro amor bendito.

La piedad del hogar, ¡cuán grande entonces!
La familia, al reclamo de los bronces,
al Oratorio próximo acudía,
donde en trono de luces y de rosas,
la Reina de las almas dolorosas,
olvidando sus penas, sonreía.

Y resonaban con alterno encanto
la plegaria y el canto
que oía Dios, tras mares de arboles.

¡Y cómo allí no bendecir al Cielo,
que a las almas da amor, mieses al suelo,
flores al carmen y al espacio soles!

De Lucía en los ojos descifraba
la oración de su espíritu:— imploraba
que fuese eterno y grande mi cariño...
¡Y yo también, a la piedad despierto,
mi voz unía al místico concierto,
con las ternuras de mi fe de niño!

¡Impetrábase, oh! Reina de clemencia:
amparo para el bien de mi existencia;
con el amor de mi adorado dueño,
la dicha en la quietud de la montaña,
donde nos dé su sombra una cabaña
y la lira, los ritmos del ensueño!

Recuerdos que el dolor ha consagrado:
ELLA, tierna y feliz, siempre a mi lado,
era mi luz, mi gloria, y alegría.
Confidentes de amor sus ojos fueron;
no los labios: sus ojos me dijeron
que esa alma angelical fue sólo mía...

Las tardes, cabe lípidos arroyos,
debajo de floridos chirimoyos,
leíamos MARIA y GRACIELA,
idilios de pasión y desventura
que arrancaron diamantes de ternura
a sus profundos ojos de gacela.

O ya, a la margen del tremante lago,
de las brisas del valle al tibio halago,
le hablaba del futuro presentido;
del amor en la paz de la alquería,
y, suspirando, quedo, me decía:—
Las dichas que tú sueñas..., yo he sentido...

Una tarde, en la linfa tembladora
vi copiada su imagen seductora,
y la imploré:— De esa agua en que escintila
tu célica hermosura,
dame a beber la mágica dulzura,
y apagaré la sed que me aniquila.

Y en su diestra, cual copa de alabastro,
recogió esa agua, llanto de algún astro,
y a la codicia la ofreció de mi alma,
y cuando la agoté con ansia ardiente,
oprimieron mis labios dulcemente
en un beso sin fin, la nivea palma...

Solia, del jardín tras los rosales,
y en el campo, en los áureos retamales,
ocultarse —¡inocente devaneo!—,
y, al pasar, dando un grito, me asustaba
¡y qué júbilo inmenso la embargaba
cuando cumplía su infantil deseo!

Fingí un día no verla
para frustrar su intento y sorprenderla.
Cogí las flores de una rama hermosa:
lleguéme cerca de ELLA cautamente,
¡y, dando el grito yo, lancé a su frente
una lluvia de pétalos de rosa!

Dió un salto de gacela sorprendida
y miróme entre airada y afligida.
¡Qué gozo al verla así, por vez primera,
esquiva, toda trémula y turbada,
con su beldad de pétalos bañada,
convertida en rosal de primavera!

¡Aún me embelesa el celestial encanto
de su argentino canto!
Adoraba la santa Poesía,

y en fulgores de gloria me inundaba
cuando su dulce voz idealizaba
los tristes himnos de la lira mía.

En veces, sin tener penas ni enojos,
se colmaban de lágrimas sus ojos,
y yo la interrogaba:— ¿Qué te hiere?
¿Qué secreto, tu amor guarda escondido?...
—Es nada— me decía en un gemido:
¡así es el corazón... cuando se quiere!

¿Qué cruel presentimiento
nublaba el cielo azul de su contento?
¡En la estación feliz, era, Dios mío,
la ráfaga que anuncia el rudo otoño
que ensaña en el tímido retoño
y vierte de las flores el rocío!...

CANTO QUINTO

PRESAGIOS

Aunque de amor la plenitud sentía,
un secreto dolor me entristecía...
¡Ya no era mi existir lago sereno,
sino mar, de las trombas en espera:
iba trocando una deidad artera
el néctar de mi cáliz en veneno!

¡Cuán honda la inquietud de mi conciencia!
Sentía del Ensueño la dolencia:
me asediaba doquier visión divina,
brindándome su amor y arcanas glorias,
y, al pensar en las dichas ilusorias,
la ventura real me era mezuquina!...

Al tender al futuro la mirada,
veía una planicie desolada
y a ELLA, errante entre brumas y zarzales,
bajo la cruz de la ilusión perdida,
plañiendo los martirios de la vida
sin amor, sin venturas ni ideales...

Y pensaba:— La dicha más hermosa
es cual una irisada mariposa,
bella... para el afán que no la alcanza,

pues, cuando se cautiva su tesoro,
de las alas se esfuma el polvo de oro,
y en dolor se convierte la esperanza...

¡Y colmó mi locura
su corazón de llanto y amargura!
¡Esquivé de su aurora los reflejos;
agosté de su amor la flor temprana:
es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos...

En mi ansiedad —¡perdón, luz de mi vida!—
soñé mirarla por la muerte herida,
a que su amor, en sueño convertido,
viva en eterna y santa primavera,
y en mi espíritu impere, como impera
el encanto inmortal del bien perdido...

Una tarde, del lago en las orillas,
de palidez cubiertas las mejillas,
me dijo, con acento de reproche:—
En la sombra invasora,
muere la luz que los espacios dora...
Yo soy aquel fulgor, y tu, la noche...

Al áureo resplandor del horizonte,
la Luna, que surgía tras el monte,
dió esmaltes de alabastro en la laguna,
y coronaron de mi amor la frente
las caléndulas de oro del poniente
y los lirios de argento de la Luna.

—¡Quiero una dicha incógnita, imposible!
—pensé entonces— ¡Si amor fuese inasible
como el iris fugaz; si nunca fuera
propicio al cielo delirar humano;
si su tesoro se implorase en vano,
y jamás, al llamarle, respondiera:

sería menos cruel el mal que lloro
y eterna la ilusión con que la adoro!...
¡Lo distante, lo que huye sólo encanta;
cautiva, la ventura que se anhela
es triste filomela
que, por soñar en otro edén... no canta!

¡Gozar de excelso bien mi amor ansia,
en un bosque de luz, todo armonía,
donde esplendan, perennes, las auroras,
y no siga al placer la desventura
y canten nuestra idilica ventura,
cual un coro de Oceánides, las Horas!

Ella, inocente flor de la montaña,
halló un enigma en mi pasión extraña...
¡Sólo pudo saber que ya el encanto
de su esperanza y mi ilusión huía,
y mi insana inclemencia maldecía
en el idioma seductor del llanto!...

La atormenté en esa hora de extravío
con el presagio cruel de mi desvío...
¡Mas cuando vi su faz adolorida
y el raudal de sus lágrimas callado,
con qué inmenso placer hubiera dado
por su bien y su paz, toda mi vida!

Contra mi pecho la estreché anhelante,
y le dije, cuitado y suplicante:—
¡Que nos consuele, amor, la Poesía;
endulce su ternura nuestro llanto:
oye, Lucía, de Musset el Canto
a su inmortal amada... y a la mía!

“Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera;
amo su triste, pálida verdura;

de sus frondas la cauda funeraria,
y en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra oscura.

Una noche de Abril, tranquila y bella,
estábamos los dos. Al lado de ELLA
me senté. Sobre el clave, el alba frente
inclinó triste, y al marfil sonoro
la blanca mano hirió, y acordes de oro
poblaron de armonías el ambiente.

La música gemía sollozante,
como brisa distante
que hace ondular los árboles floridos
con ritmo sosegado,
cual si temiera, en el frondal callado,
despertar a los pájaros dormidos.

De la apacible noche la frescura,
flotante en ondas de fragancia pura,
las almas embriagaba.
En el parque, los álamos umbrosos
movían los ramajes quejumbrosos,
¡y el nocturno silencio nos cantaba!

Por los altos postigos entreabiertos,
traía el aura efluvios de los huertos;
el viento estaba mudo; en las praderas
todo, en profunda soledad, dormía,
¡y en nuestros corazones esplendía
la aurora de las quince primaveras!

A Lucía miré, pálida y bella,
cual la primer estrella,
luego, su faz tiñeron los sonrojos;
miró los astros con doliente anhelo,
¡y, mejor que las aguas, copió al cielo
el azul fulgurante de sus ojos!

Iluminó mi vida su hermosura;
la amaba a ELLA, no más, con pasión pura
y, como ensueño virginal serena.
¡Con qué santa ternura la quería!
Amarla como a hermana presumía:
¡era tan dulce, sensitiva y buena!

En mi diestra ardorosa
aprimoné su mano temblorosa.
Los blancos sueños de su vida en calma
vi pasar de sus ojos por el cielo,
¡y aprendí entonces cómo alivia el duelo
la primavera del amor y el alma!

Brilló la Luna sobre la, alta cumbre,
y a mi adorada la envolvió en su lumbre,
¡Y la vi presa de ansiedad doliente;
volvió a mirar los ámbitos sombríos
y, al fin, copiándose en los ojos míos,
con angélica voz, cantó sonriente!...

¡Armonía! ¡Armonía!... ¡Hija sagrada
del Ensueño y la Pena, codiciada
por el supremo amor; Numen divino
te ofrendó a Italia, a donde descendiera
de la celeste esfera,
por cantar en su acento peregrino!

Eres el dulce, placentero idioma
del ruiseñor, del aura y la paloma,
que las deidades al mortal ofrendan;
único que de amor muestra los cielos;
"Sin desgarrar sus velos
ni exponerlo a miradas que le ofendan"

Nadie comprende lo que siente y dice
púdica virgen que al amor bendice,
oh! Armonía, en tus ritmos seductores

y arcanos cual los ángeles que adoran
el tierno corazón en donde lloran
del ensueño los tristes ruiseñores.

Contemplar sólo pueden nuestros ojos
las lágrimas, encantos y sonrojos;
lo demás, queda oculto en las entrañas,
en la Castalia azul del sentimiento,
cual en lo ignoto, el cántico del viento,
de las olas, la noche y las montañas...

Miré a Lucía... De su voz los sonos
estremecían nuestros corazones...
Sobre mi pecho, la gentil cabeza
inclinó sollozando... ¿Qué sentía?
¿La aflicción de Desdémona la hería
o de olvido el presagio y la tristeza?...

Dejó, serena, que en su labio frío
dé un beso a su dolor el labio mío...
¡Pálida, triste, virginal y hermosa,
oh! de mi alba de amor, cándida estrella,
cual te miró mi amor la noche aquella,
días después, lleváronte a la fosa!...

¡Y allí "crueldad del Cielo!" pude verte
sin que nos junte el dardo de la Muerte!...
Suave caricia de fulgor de Luna,
dulce como tu vida y casto ensueño,
fue, rosa del edén, tu último sueño,
y devuelta al Señor fuiste en la cuna!...

Santo hogar de mi bien, cielos de armiño,
trovas, sueños de amor, risas del niño,
y tú, gentil desconocido encanto,
a cuyo influjo el corazón palpita
y tembló Fausto al ver a Margarita,
¡ya, en vez de mi canción, tenéis mi llanto!...

¡Paz, paz profunda a tu alma y tu memoria,
Lucía, flor de mi llorada glorial...
¡Ya nunca más tu alabastrina mano
revolará sobre el marfil sonoro,
poblando el aire de cadencias de oro
en las diáfanas noches de verano!...

*
* *

Amigos, cuando muera,
plantad un sauce en la mansión postrera,
Amo su triste, pálida verdura;
de sus frondas la cauda funeraria
y, en la paz de mi huesa solitaria,
propicia me será su sombra oscura..."

A fin de que guarde mayor armonía con la in-
dole de nuestro Poema, no hemos traducido, sino
parafraseado, quizá muy libremente, la admirable LUCÍA
de Alfredo de Musset.— N. del A.

CANTO SEXTO

EL VESTIGLO

Qué debemos, oh! Siglo, a tus grandezas?
Tu vana luz no ahuyenta las tristezas;
es un ensueño de opio la ventura
que brindas a las almas que padecen,
y cuanto más tus pompas resplandecen,
la noche del dolor es más oscura.

A la luz de la Ciencia,
se ve la vanidad de la existencia.
Llora el Arte el dolor de lo finito
o en los antros del mal el aja agita,
¡y hasta la Fe bendita
nos agrava las almas de infinito!...

En nuestro torno, vemos el abismo
que persiguió a Pascal; un paroxismo
del dolor, es la dicha que gozamos;
la vida es una sombra atormentada;
el amor, LA PASION IMPRECISADA
¡y no sabemos nunca a dónde vamos!...

Presiden en las almas la Anarquía,
la Duda y la Inquietud: la fantasía,
ciega, y audaz, y sin gobierno trepa,

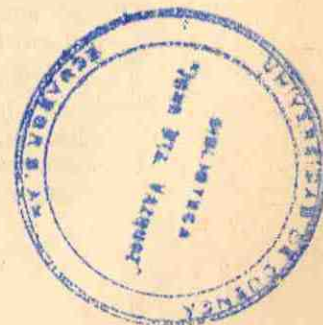
por agrias cimas, a región oscura,
y nos lleva al través de la espesura,
como el bridón que destrozó Mazepa.

Y, hallando todo tenebroso y vano,
perseguimos un bien, siempre lejano;
el bien que nunca puede hallar el hombre,
y, en ansia cruel y delirar profundo,
nos forjamos un mundo
que tiene del real tan sólo el nombre.

Oh! fatal extravío:
huyendo de las penas y el hastio,
cruzamos el vivir, siempre de prisa,
y los frutos de Dios, santos y buenos,
desdeña el corazón, por los venenos
de fúlgidas manzanas... de ceniza!...

En alas del sutil filosofismo
sólo se llega al fondo del abismo...
La dicha es flor de la conciencia sana
que en gozar lo imposible no se empeña;
¡para el que sólo con la dicha sueña,
la ventura asequible, siempre es vana!...

¡Era tu mal, mi mal, oh! insano Siglo:
el implacable análisis— vestiglo
que a las almas devora;
la flor de la ilusión mata en capullo;
trueca en lamento el virginal arrullo,
y en noche eterna, la soñada aurora!...



CANTO SEPTIMO

EXILIO

Qué pudo ELLA saber de mi martirio?
Enclavada en la cruz de mi delirio,
en su ciego candor, sólo sabía
la ciencia de la rosa y la azucena:
¡ser hermosa, ser buena
y perfumar la mano que la hería!

Mas no le hice apurar, compadecido,
las heces de la copa del olvido:
me alejé sólo a una región soñada,
dejándola cual huérfana paloma:
¡húí, como la noche, cuando asoma
en su cuadriga de oro, la Alborada!

Fuime a la vasta selva primitiva,
do la Hermosura, celestial cautiva,
se aduerme bajo el palio de las frondas,
en tálamo de flores,
al arrullo de ignotos ruiseñores
y al himno majestuoso de las ondas.

De aquellos bosques plácidos en medio,
soñé encontrar a mi dolor remedio,
hermanando mis penas matadoras

a la paz de la gran Naturaleza,
viendo irradiar en mi alma su belleza,
cual, en la noche, una irrupción de auroras.

Como René, por la extensión desierta,
discurri errante, con el alma muerta
y ajeno de las selvas al encanto...
¡Qué de veces mi queja desgarrada
turbó del bosque la quietud sagrada,
y recogió la soledad mi llanto!

No encuentra el corazón consuelo y calma
en las cosas sin alma...
Nada colmaba mi interior abismo
y, en mi insólita angustia, comprendía
que, para huir de mi dolor, debía...
¡huirme de mi mismo!...

Me era el bosque un inmenso cementerio;
un presagio de muerte, su misterio;
una elegía, el himno que entonaba;
su paz, la paz funérea del Calvario,
y su hermosura, fúlgido sudario
sobre mi corazón que agonizaba...

Cruzó entonces la noche de mi vida,
cual meteoro, la ilusión perdida,
y soñé, delirante, en los reflejos
de mi estrella lejana:
¡es como el aire la ventura humana:
invisible de cerca; azul de lejos!...

La ausente luz iluminó mi cielo
con albores de paz y de consuelo;
sosegóse el turbión de mi amargura
y comprendí que hay dichas con dolores
más dignas del amor, que los amores
sin aflicción, de la ideal ventura.

Su carta, entonces, me llegó —¡sentida
queja de amor, y eterna despedida!—;
carta en que hallé su corazón herido,
y en cada signo que trazó el quebranto,
una gota de llanto
y de su pecho un virginal latido...

“Desde que ausente estás, vivo muy triste,
porque me habla de olvido cuanto existe:
el lago azul, a mis ensueños grato;
el huerto, la alquería, el valle, el río...
¡Y a veces, en doliente desvarío,
te digo, a mi pesar:— ¡Ingrato! ¡Ingrato!

¿Sabes, acaso, lo que mi alma ignora:
que se puede olvidar lo que se adora?...
Creí que el sentimiento
no es el calvario de las almas buenas;
que, junto a la ilusión, mueren las penas,
y que nunca el amor es un tormento.

Ah! si me vieras!... De mi faz llorosa
ha huído del Abril la tibia rosa;
con la luz de tu amor, la de mis ojos
y la de mi alma, hasta tu adiós, serena...
¡Imagino que soy una azucena
olvidada en un búcaro de abrojos!...

Por donde voy, tu sombra me persigue,
y nunca mi dolor quietud consigue.
Demando al Cielo mi ilusión perdida,
y ni el Cielo a mis súplicas accede...
Ay! cuán pronto, me enseñas que se puede,
sin propia culpa, maldecir la vida!...

Se ha trocado mi edén en vasto yermo;
mi rosal está enfermo
y no me ofrenda sus capullos de oro

para el altar de mi gentil Madona,
que, tal vez, compasiva, te perdona
cuando a sus plantas, por tu ausencia, lloro.

Yo siento que la vida se me aleja;
quizá te doy mi postrimera queja...
No ansío ningún bien: ya nada quiero...
Ay! nó: que tornes a mi lado ansío,
ya que no por amor, dulce bien mío,
siquiera por piedad!... ¡Sálvame o muero!”...

¡Sentí todo el horror de mi locura;
codicié, como nunca, mi ventura,
y me alejé del bosque en rauda huida,
sintiendo no ir, como Mazepa, atado
a un corcel desbocado,
y, en la maraña, destrozár mi vida!...

CANTO FINAL

NOCHE OSCURA

Volvi cuán tarde! al nido abandonado;
todo hallé en él doliente y enlutado:
cual palio inmenso de crespón, el cielo;
muda y en soledad la pradería;
en las auras, cadencias de elegía,
y en mi pensil de amor, sombras de duelo.

De los cercanos árboles, los vientos
arrancaban rugidos y lamentos;
en la paz del jardín, los surtidores
plañían en murmurios funerales,
y en los mustios rosales
se deshojaban las postreras flores.

Y allí, en el fondo de una estancia oscura,
también la flor de mi alma y mi ventura
se deshojaba al soplo de la Muerte!
¡Rosa de luz del yermo de la vida,
por la inclemencia del amor herida,
ay! cómo, sin morir, pude perderte?...

La hallé en el lecho del dolor, aún bella,
cual en cielo invernal, tímida estrella,
y olvidando, piadosa, mi desvio,

los mustios labios desplegó sonriente,
¡y fuéme su sonrisa más doliente
que su agonía y mi orfandad, Dios mio!

Vi en su faz esa albura dolorosa
que recuerda lo blanco de la losa...
¡No era ya de la tierra su hermosura,
ni eran ya para mi sus atractivos,
pero en sus ojos, como nunca, vivos,
encontraba mi amor SU NOCHE OSCURA!

¡No quiso entonces mi pasión perderla,
y a la Muerte reté y ansié vencerla!
¡Fue en vano: la Justicia Soberana,
por castigarme, la llevó a su cielo,
y al fin halló mi delirante anhelo
la ilusión inmortal... siempre lejana!

Vi, junto a ELLA, dolores y extravíos
tan grandes y profundos cual los míos.
¡Con qué ansiedad y espanto
la madre de su amor la contemplaba;
para llorar su adiós, no le bastaba
toda su sangre convertida en llanto!

Su anciano padre, en actitud serena,
se entregaba al embate de la pena.
¡Qué horribles son las cuitas silenciosas!
De hinojos, ante un Cristo agonizante,
oraba sollozante,
con la faz en las manos temblorosas.

El angelillo blondo era un tormento:
presentábase allí cada momento
a llamar a su hermana con gemidos;
cual dos alas, los brazos le tendía,
y, como no le oía,
lanzaba penetrantes alaridos...

Cual despertando de medroso sueño ,
vi todo en mi redor, con loco empeño.
¡Cuán tétrica la estancia funeraria
en la que yace un ser idolatrado;
no es más oscuro, y frío, y desolado
el fondo de una huesa solitaria!

Ante la santa imagen de Maria,
cual gota de oro, débil luz ardía,
y saturaban el hostil ambiente
aquellos como efluvios de blandones
que las bujías dan en las mansiones
en las que arde su luz perennemente...

Todos, pálidos, mudos y llorosos,
discurrían con pasos cautelosos;
se oía algún gemido sofocado
entre el silencio y la angustiosa calma;
¡quietud, silencio en torno, y en el alma
el dolor como un mar huracanado!...

Sentí esa cruel necesidad de llanto
que es un nuevo dolor en el quebranto.
¡Quise lanzarme en rápida carrera
y la noche llenar con mis clamores,
y, sin rumbo, cruzar valles y alcores,
gritándole a la Muerte que me hiera!

Alcé la vista al estrellado cielo,
no en demanda de paz y de consuelo,
sino por ver abrirse su áurea puerta
y dar salida a un coro de querubes,
a que conduzcan en sitial de nubes
el alma luminosa de mi muerta.

La ví después en tálamo de lirios,
al fulgor tembloroso de los cirios,
envuelta en un azul y blanco velo

—¡tu veste sideral, oh! Inmaculada—;
¡visión de luz de luna, rebujada
en un jirón de matutino cielo!

En el lecho postrer de sus dolores
del huérfano jardín regué las flores,
y al mirar sus bellezas, ya divinas,
que lirios y azucenas circundaban,
creí que a mi ilusión amortajaban,
COMO AL ANGEL DE ASIS, LAS GOLONDRINAS.

Al lucir el albor de mi ventura,
reinó en mi alma, oh! Dolor, TU NOCHE OSCURA!
¡Doy en vano a los Cielos mi querella;
no escucha mi clamor el bien ausente
en la estrella del véspero doliente
que, desde que ELLA huyo, más luz destella!...

En su gris camposanto, LA FLORIDA,
entre espliegos en flor, guarda escondida
la dicha que mi espíritu soñara...
Lei: —LUCIA, en solitaria losa,
donde se inclina una silvestre rosa,
cual si ELLA, desde adentro, la llamara...

—¡Duerme en paz, oh! mi dueño:
mi alma vela tu sueño!...
¡Porque mi insano amor quiso perderte
y agostar el jardín de tu existencia,
es ya mi eterna cruz tu eterna ausencia
y te busco... en los brazos de la Muerte!

AÑOS DESPUES...

Va a tí, por vez última, mi canción florida
—golondrina que huye del invierno mío—,
pues ya, por ignoto presagio, confío
en que va a hallar mi alma su mitad perdida,

Tal vez en la arcana tierra prometida
donde no hay tinieblas, ni invierno ni estío,
y el cáliz soñado, nunca está vacío,
y donde en estrellas florece la Vida...

Ya el Mal y la Duda rompieron mis alas,
y en vano, en la noche, busco las escalas
por las que a tu imperio llegó mi ideal...

¡Que no acabe todo con mi vida triste:
Salva la azucena de luz que me diste
—la flor de mi nada—: mi ensueño inmortal!

Cuenca, Mayo de 1942.